GUILLEM SOROLLA,

DRAMA EN TRES ACTOS Y EN VERSO.

ORIGINAL

DE DON ENRIQUE ESCRIG GONZALEZ.



VALENCIA.
Imprenta de José María Ayoldi.
1861.

GUILLEM SOROLLA.

GUILLEM SOROLLA,

DRAMA EN TRES ACTOS Y EN VERSO,

ORIGINAL

DE D. ENRIQUE ESCRIG GONZALEZ.

Representado por primera vez en el teatro de la Princesa de Valencia el 25 de Octubre de 1861, á beneficio del primer actor D. Vicente Rodriguez Jordan.



VALENCIA,
IMPRENTA DE JOSÉ MARIA AYOLDI.
1861.

AL Sr. D. SALVADOR ESCRIG,

DIRECTOR GENERAL DE LA REAL ACADEMIA DE NOBLES Y BELLAS ARTES DE SAN CÁRLOS DE VALENCIA.

Querido padre : Con el mayor placer dedico á V. mi primera obra dramática, firmemente convencido de que ninguno como V. sabrá apreciarla, y disimular sus defectos, que no dudo serán muchos.

Acéptela V. pues, no por lo que vale, sino como una débil muestra del inmenso cariño que para V. guarda el corazon de su mas humilde hijo

Enrique.

Valencia 24 Octubre 1861.

PERSONAGES.	ACTORES.
	
MARIA.	*D.ª Francisca Carbonell.*
GUILLEM SOROLLA. . .	*D. Vicente Jordan.*
EL VIREY.	*D. Leandro Torromé.*
D. JUAN.	*D. Vicente Burgos.*
ANDRES.	*D. Antonio Vico.*
GASPAR.	*D. José Miguel.*
GIL.	*D. Asencio Mora*
FORTUN.	*D. Enrique Martinez.*
BLASCO.	*D. José Marsal.*
UN AGERMANADO. . . .	*D. Gregorio Gonzalez.*
PUEBLO.	

La accion en Valencia: año 1520.

ACTO PRIMERO.

El teatro representa una sala de entrada en casa de Sorolla. Puerta al foro; otra á la izquierda del actor en segundo término. Una mesa y taburetes de la época. Encima de la puerta del foro un cuadro que figura el Señor en la cruz: delante, y suspendido del techo, un farol, cuya luz es la única que alumbra la habitacion.

ESCENA PRIMERA.

EL VIREY.—D. JUAN.—GASPAR.

Al levantarse el telon se oyen fuertes golpes en la puerta del foro. Gaspar, saliendo por la de la izquierda, se dirije á abrir aquella.

VIREY. (*Desde fuera.*) Há de esta casa.
GASPAR. Allá van.
(*Abriendo.*)
VIREY. ¿Vive aquí Guiliem Sorolla? (*Entrando con D. Juan, embozados.*)
GASPAR. Aquí vive.
VIREY. ¿Está?
GASPAR. Ha salido.
VIREY. ¿Tardará?
GASPAR. Nunca á estas horas
suele dejar su morada,
mas si sale pronto torna;
por lo mismo yo presumo
que será su ausencia corta.

VIREY. Bien está. Le esperaremos.
GASPAR. Entonces, si os acomoda,
podeis asiento tomar.
VIREY. Sea. (*Les arrima taburetes y se sientan.*)
GASPAR. Sentáos sin demora,
que yo con vuestro permiso,
si saber mas no os importa,
me retiro.
VIREY. Dios os guarde.
GASPAR. El, señores, os acorra. (*Vase puerta izquierda.*)

ESCENA II.

EL VIREY.—D. JUAN.

VIREY. Veremos si cede al cabo
ese caudillo altanero,
que tanto dominio ejerce
sobre este rebelde pueblo.
D. JUAN. Presumo, señor, que en vano
será todo nuestro esfuerzo,
porque el tal Sorolla es hombre
de corazon tan entero,
que nada le desalienta
ni llega á infundirle miedo.
VIREY. Pues yo se lo infundiré.
D. JUAN Dificil, señor, lo creo,
pues es tanto el fanatismo
que por él han los plebeyos,
y tanto lo que su orgullo
han halagado con eso,
que mas que un pobre villano
ser se cree rey del pueblo;
sino recordad el dia
de vuestra entrada; altanero
os detuvo, y el camino
osó indicaros soberbio
por donde marchar debiais
á la catedral....
VIREY. Es cierto,
y en verdad que me admiró
su insensato atrevimiento,

porque fué arrojarse á mucho
ignorando aun mi denuedo.

D. JUAN. Ya os dije, señor, que á él
nada le arredra, pues creo,
que además de ser valiente
y temerario en estremo,
posee una intelijencia
nada comun, y un talento
tan sagaz para atraerse
las simpatías del pueblo,
que á su voz, estoy seguro,
que está todo en movimiento.

VIREY. ¿Pero si esa voz le falta?

D. JUAN. Entonces es un cordero
que camina al sacrificio
aturdido y sin aliento;
porque un pueblo sin caudillo
es mar tranquilo y sereno.

VIREY. Vos lo habeis dicho, D. Juan:
sin Sorolla yo preveo
que Valencia al fin desista
de su temerario empeño,
y acate, cual se merece,
al gran rey Cárlos Primero.

D. JUAN. Sí, mas la dificultad
es que él desista.

VIREY. Yo creo
que ofreciéndole riquezas
que ceda al fin lograremos;
pues todos esos villanos
son avaros en estremo,
y venderse suelen pronto:
solo hay que estudiar en ellos
la manera de comprarlos.

D. JUAN. ¡Bien decís! mas yo no veo
manera con que á Sorolla
se compre.

VIREY. La buscaremos,
y ¡ay de él! si prefiere guerra
cuando yo la paz le ofrezco.
Hoy mismo aquí le hablaré;
si no cede ¡vive el cielo!
que he de colgar su cabeza

en la plaza de la Seo.

D. JUAN. Arriesgado por demás
fuera, señor, ese medio;
porque eso en vez de aplacarle
irritára mas al pueblo,
y á nosotros nos conviene
no incitarle al desenfreno,
sino procurar que calle
y viva sumiso y quieto.

VIREY. Sí, pero mientras Sorolla
le acaudille, yo receló
que no esté quieto jamás.

D. JUAN. Es verdad; mas yo no apruebo
que intenteis darle la muerte
mientras haya otro remedio.

VIREY. ¿Mas si él no acepta ninguno,
entonces, D. Juan, qué haremos?

D. JUAN. Nada, señor, esperar,
á ver si rodando el tiempo,
cansados por fin desisten.

VIREY. Y en tanto sumisos, quietos,
hemos de esperar el golpe
que nos prepara en silencio
esa rebelde canalla;
¡por Dios! que á tal no me avengo.
Discurrid, pensad el modo
con que á Sorolla logremos
poderle tener á raya:
inventad algun proyecto,
que dejándole la vida,
esté para el pueblo muerto.

D. JUAN. Solo hay uno que podria
interesarle en estremo,
y obligarle á desistir;
mas es terrible y espuesto
si por desgracia, señor,
son contrarios los efectos
que produce, pues pudiera
encender mas su despecho
en vez de tenerle á raya.

VIREY. A ver, decidle al momento.

D. JUAN. (¡Oh, que la venganza triunfe
del amor que arde en mi pecho!)

Hay en Valencia una jóven,
por quien de amores muriendo
está Sorolla....

VIREY. ¿María?

D. JUAN. ¿La conoceis?

VIREY. No por cierto;
pero de ella varias veces
que me hablasteis vos recuerdo,
y hasta creo me digisteis
que la amabais.

D. JUAN. Con esceso;
pero ella á mi pasion
contesta con el desprecio,
porque tiene por Sorolla
un amor sublime, inmenso.

VIREY. ¿Y él la quiere?

D. JUAN. Ya os he dicho
que por su amor está ciego.

VIREY. ¿De modo que si á María
en nuestro poder tenemos,
podrá servirnos de mucho?

D. JUAN. ¡Quién lo duda! (Cual deseo
mi plan se vá presentando,
pues voy á lograr mi intento
sin aparecer culpable.)

VIREY. Pues bien, D. Juan, si cual creo
nada cónsigo al hablarle
á Sorolla, sin remedio
es preciso que esta noche
María esté en poder nuestro.

D. JUAN. Lo estará.

VIREY. Para lograrlo
á dos de mis escuderos
avisad: Blasco y Fortun,
que son valientes y diestros,
podrán serviros de mucho.
Vos su presa desde lejos
señaladles, que ellos bastan
para lograr nuestro intento.

D. JUAN. Bien, señor, voy al instante.

VIREY. Sí, marchad sin perder tiempo
á prevenirles: despues
aquí volved, que os espero

para deciros de fijo
si hay que apelar á ese medio.

D. JUAN. Voy, señor. (*Al llegar al foro vé á Sorolla, y vuelve y dice:*)
Sorolla viene.

VIREY. Bien, no perdais los momentos. (*Vase D. Juan.*)

ESCENA III.

EL VIREY.—SOROLLA.

Este entra por el foro, y al ver al Virey hace un gesto de disgusto; despues se serena y le saluda naturalmente.

SOROLLA. ¿Vos aquí, señor Virey?

VIREY. Sí, que hablaros he querido,
y en busca vuestra he venido.
¿Acaso os sorprende?

SOROLLA. Es ley.
pues nunca me imaginara,
aunque mi honradez me abona.
que vuestra noble persona
mi pobre casa así honrara.

VIREY. (Esplorarle me conviene.)
No, Guillem, no se honra así
al que cual vos ¡pesie á mí!
tan grande influencia tiene
sobre el pueblo....

SOROLLA. ¡Y qué, señor!
¿os admira eso tal vez?
pues tan solo mi honradez
me ha conquistado su amor.
El me quiere y yo le quiero;
hijo honrado de él nací;
cuanto soy y cuanto fui
he de consagrarle entero:
por él mi pobre existencia
perderia con placer.

VIREY. ¿Para qué? ¡Para perder
mas á la infeliz Valencia.
que entre continuos azares

y entre mil duelos prolijos
está viendo de sus hijos
la sangre correr á mares!
No, Sorolla; vos debeis,
—á hablaros de esto he venido.—
elegir otro partido,
ya que tanto le quereis:
no debeis á la ruina
precipitarle altanero,
debeis, cual buen consejero,
hacerle ver que camina
al borde de un precipicio,
y que si al fin no desiste,
horrible ha de ser y triste
el dia de su juicio;
pues si prosigue esta guerra,
tan sin piedad empeñada,
al final de la jornada
no quedará de esta tierra,
hoy tan llena de hermosuras,
mas que un monton de despojos,
que hará humedecer los ojos
de las edades futuras.

SOROLLA. En verdad que mi razon,
señor Virey, no comprende
la idea que se desprende
de vuestra reconvencion:
sin duda que equivocado
os hallais por lo que oí,
pues me atribuís á mí
favor que nunca he logrado.
¿Os llegasteis á creer
que al pueblo mando quizás?
El pueblo es libre, y jamás
fia á nadie su poder.

VIREY. Sí; mas no me negareis
que á vuestra voz dilijente,
cual desbordado torrente
corre donde vos correis.

SOROLLA. Me quiere y de mí se fia.

VIREY. Y os obedece muy fiel.

SOROLLA. Por lo mismo que yo á él

VIREY. Sois su instrumento.

SOROLLA. Su guia.
Mas no el poder de que arguyo
me dió, ni puede en verdad:
el pueblo es una hermandad
do cada cual guarda el suyo.

VIREY. Mas sin vos que le guiais
ese poder repartido
permaneciera dormido.

SOROLLA. ¡Cuán equivocado estais!
Sin mí, ciego, turbulento,
al ver sus fueros hollar,
tal vez hiciera temblar
de Valencia hasta el cimiento.

VIREY. Pues bien, dejadle y vereis.

SOROLLA. ¡Yo dejarle!

VIREY. ¡Qué os espanta!
Así vereis que no es tanta
su audacia cual vos creeis;
y en ello á ganar vos vais,
pues sereis considerado
y de riquezas colmado,
si es que riquezas ansiais.

SOROLLA. ¡Oh, no me atrevo á pensar,
despues de haberos oido,
lo que me habeis ofendido
en lo que acabais de hablar;
porque á pensarlo, yo sé
que os matara ¡vive Dios!
por no escuchar mas de vos
lo que ahora os escuché!

VIREY. Debeis, Sorolla, advertir
que esa amenaza importuna....

SOROLLA. ¡El pueblo meció mi cuna,
por él solo he de morir! (*Fuera de sí.*)
Pues sabed, aunque no os cuadre,
que es mi padre, el sér me ha dado,
y fuera un hijo malvado
yo, si vendiera á mi padre.

VIREY. ¡Reparad!...

SOROLLA. ¡Infame guerra!
¿Por quién llegais á tomarme?
No hay oro para comprarme
en cuanto abarca la tierra.

VIREY. Tan solo por vuestro bien
eso os propuso mi anhelo.
SOROLLA. ¡Por mi bien! ¡Ira del cielo!
VIREY. Tened mas calma, Guillen,
y pensad que en la balanza
de esa guerra fratricida
al fin perdereis la vida.
SOROLLA. Esa es mi sola esperanza.
¡Oh, morir! ¡bien sin igual!
Feliz yo si tal sufriere,
que quien por su patria muere,
nunca muere: es inmortal.
VIREY. ¿Conque ceder no quereis?
SOROLLA. ¿Yo ceder? ¡Ruin flaqueza!
Ahora nuestra guerra empieza.
VIREY. Y con ella os perdereis.
SOROLLA. Vos si que vais á perderos
incitando ódios pasados,
si no nombrais dos jurados,
cual prescriben nuestros fueros,
hijos del pueblo.
VIREY. Eso nunca
vuestra audacia lo verá.
SOROLLA. Pues la sangre correrá
ya que sin razon se trunca
nuestra antigua libertad.
VIREY. ¡Basta ya! Pues lo quereis,
guerra, Sorolla, tendreis.
SOROLLA. ¡Que me place!
VIREY. A Dios quedad.
SOROLLA. El os alumbre.
VIREY. ¡Oh furor!

Al volverse el Virey vé á D. Juan, que habrá salido algunos versos antes, y permanece recatándose en el umbral de la puerta del foro: el Virey se acerca á él, y le dice con toda la rapidez posible los versos que siguen. Despues se retiran.

VIREY. (¡D. Juan!)
D. JUAN. (¡Señor!)
VIREY. (¿Y esa gente?)
D. JUAN. (Cerca.)

VIREY. (Pues cumplid prudente
lo que os dije.)
D. JUAN. (Bien, señor.) (*Vánse.*)

ESCENA IV.

SOROLLA.

¡Horrible proposicion!
¡Tal afrenta hacerme á mí!
¡A mí, que honrado nací,
proponerme tal baldon!
¡Que al pobre pueblo inmolara
osó decirme su lengua!
Antes que aceptar tal mengua
mil veces yo me matara.
La rabia que me devora
al pensarlo solamente,
me está quemando la frente
con su luz abrasadora. (*Pausa.*)
¿Y es eso un noble? ¡Mentira!
¡No es noble el que piensa así!
Noble es el que siente aquí
un corazon que respira
exento de ruin bajeza,
y entre el fango corrompido
de este mundo envilecido
erguir puede la cabeza. (*Pausa.*)
¡Oh, vengarme necesito
de ese magnate altanero,
que osó proponerme artero
tan vil y torpe delito!
¿Mas cómo me vengaré? (*Pensando.*)
Si al pueblo incitar pudiera,
tal vez mi plan consiguiera. (*Idem.*)
¡Oh, qué idea! Probaré.

Corre á la puerta de la izquierda, y llama á Gaspar, que sale por ella.

ESCENA V.

SOROLLA.—GASPAR.

SOROLLA. ¡Gaspar! ¡Gaspar!
GASPAR. (*Saliendo.*) ¿Qué me quieres?
SOROLLA. Que me escuches, y en seguida
vayas á cumplir fielmente
lo que aquí mi voz te diga.
GASPAR. Habla; ya sabes que yo
no tengo, por suerte mia,
mas voluntad ni mas ley
que la que tu amor me inspira.
SOROLLA. Ya lo sé. Vamos al caso.
Importa que la noticia
hagas correr por Valencia,
de que el Virey en su ira
se me ha negado á nombrar,
con soberbia altanería,
del pueblo los dos jurados
cual nuestros fueros indican.
GASPAR. Pues qué, ¿seria tal vez
uno de los dos que habia
aquí esperándote?
SOROLLA. Sí.
GASPAR. ¡Oh rabia!
SOROLLA. ¿Por qué te admiras?
GASPAR. Porque á conocerle yo
costárale la visita,
pues las ganas le quitara
de volver á repetirla
segunda vez.
SOROLLA. ¿Cómo?
GASPAR. A palos.
SOROLLA. Mal hicieras por tu vida,
pues con eso solamente
mi casa comprometias.
GASPAR. Tienes razon; mas te juro
que me vengaré algun dia.
SOROLLA. Bien. Ahora lo que importa
es, que busques en seguida
á Peris, Caro y Lorenzo,

para que éstos con gran prisa
reunan á sus parciales,
á ver si esta noche misma,
al grito de «Viva el pueblo",
logra triunfar la justicia,
y nuestros fueros respetan
esos nobles que me irritan.

GASPAR. Voy al punto.

SOROLLA. Vé, y la alarma
deja en Valencia esparcida,
y luego vuelve á decirme
lo que suceda. ¡Ah, María!

MARIA. Buenas noches.

SOROLLA. Dios te guarde.
Vé, Gaspar.

GASPAR. Voy en seguida. (*Vase.*)

Al salir María, Sorolla sube al foro á recibirla: ella se queda algo turbada por no adivinar lo que pasa, pues debe haber oido los últimos versos de Sorolla.

ESCENA VI.

SOROLLA.—MARIA.

SOROLLA. ¡María!

MARIA. ¡Guillem querido!

SOROLLA. ¿Y tu padre?

MARIA. Me ha dejado
á la puerta y se ha marchado.

SOROLLA. ¿Dónde?

MARIA. Sin duda habrá ido
á ver á su pobre hermano,
pues le han venido á decir
que estaba para morir
esta tarde el buen anciano.

SOROLLA. ¡El infeliz es tan viejo,
que no es estraño....

MARIA. Es verdad.

SOROLLA. Pues al llegar á esa edad
la vida es solo el reflejo
de una lumbre ténue y vaga

cuando comienza á oscilar.
que por mas que ansia brillar,
el menor soplo la apaga.

MARIA. Tienes razon. Mas, Guillen.
dejemos tristes ideas,
y hablemos, si lo deseas,
de nuestro amor, que es mi bien.

SOROLLA. Y el mio. (*Cogiéndole la mano.*)

MARIA. Tu mano abrasa.
¡Tú estás triste! (*Mirándole fijamente.*)

SOROLLA. No, María.

MARIA. Sí; me dice el alma mia
que algo, mi Guillem. te pasa.

SOROLLA. Nada, María....

MARIA. Sí, sí.... (*Recordando.*)
Cuando á la puerta llegué,
escuché yo no sé qué,
y de horror me estremecí;
y este atroz presentimiento,
y el ver salir á Gaspar,
me lo han hecho adivinar
para mi mayor tormento.

SOROLLA. Y ¿qué has llegado á creer,
alguna vana quimera?

MARIA. ¡Ojalá quimera fuera!

SOROLLA. ¿Qué otra cosa puede ser?

MARIA. La desnuda realidad;
pues Gaspar, cuando ha marchado,
órden tuya se ha llevado
de alborotar la ciudad,
y eso, Guillem, es horrible.

SOROLLA. No, María, no lo creas.

MARIA. ¡Oh, tú engañarme deseas,
pero ya no te es posible!
Ya todo lo comprendí;
y no creas que me espanta.
pues no es mi flaqueza tanta.
¡Tiemblo, sí, pero es por tí!

SOROLLA. ¿Por mí tiemblas?

MARIA. ¿Pues por quién
mi alma temblar pudiera.
si por tí, Guillem, no fuera?
¡Te amo tanto!

SOROLLA. ¡Dulce bien!
Serénate, y que el contento
torne á tu pecho en seguida,
que yo te daré cumplida
satisfaccion al momento.
MARIA. ¿Conque al fin vas mi ansiedad
á calmar?
SOROLLA. Sí, vida mia,
pues yo no puedo, María,
ocultarte la verdad.
MARIA. Sí, sí, no me ocultes nada,
dime qué te ha sucedido,
para que el placer perdido
recobre mi alma angustiada.
SOROLLA. Pues bien: sabe que ultrajado
sin miramiento ni ley
he sido por el Virey,
y vengarme he proyectado.
MARIA. ¡Vengarte! Mejor seria
perdonarle.
SOROLLA. Eso jamás.
MARIA. Sin duda te perderás
por vengarte.
SOROLLA. No, María.
MARIA. ¡Oh, sí! que en la lucha incierta
en que vas á entrar ahora,
quizás halles sin demora,
Guillem, una muerte cierta.
SOROLLA. Nada temas, dulce bien,
y ahuyenta vanas quimeras.
MARIA. ¡Mira que si tú murieras
moriria yo tambien!
SOROLLA. Por mí no tengas temor
pues de casa no saldré.
MARIA. ¿De veras, Guillen?
SOROLLA. Sí á fé,
te lo juro por mi amor;
pues aunque el rencor está
desgarrando el pecho mio,
mi venganza al pueblo fio,
el pueblo me vengará.
Conque ya ves que temer
nada debes, dulce encanto

MARIA. Yo en el juramento santo
fio que acabas de hacer.
SOROLLA. Y puedes en él fiar,
pues solo por tí osaría
quebrantar yo en este dia
lo que acabo de jurar.
MARIA. Nada mas saber anhelo.
SOROLLA. ¿Estás satisfecha?
MARIA. Sí,
pues yo, Guillem, junto á tí
creo que es el mundo un cielo.
¡Y como no serlo ¡ay Dios!
si allá en la infancia entre flores
crecieron nuestros amores
cual crecíamos los dos!
yo desde entonces te miro,
y es tanto lo que te adoro
que cuando tú lloras, lloro,
cuando suspiras, suspiro;
y en nada encuentro placer
si tú no estás á mi lado,
pues te juzgo separado
que algo le falta á mi sér.
Pienso que Dios al formarnos
en su bondad sin medida,
nos dió un alma en dos partida
tan solo para adorarnos.
SOROLLA. ¡Oh, María! al escucharte
siento un placer indecible,
y juzgo que es imposible...
MARIA. ¿Qué, mi bien?
SOROLLA. Dejar de amarte.
MARIA. ¡Tu amor me torna la calma!
SOROLLA. ¡Y á mí me dá la ventura!
MARIA. ¿Me amas mucho? (*Con suma alegría.*)
SOROLLA. Con locura. (*Abrazándose.*)
ANDRES. ¡Bien, hijos!
MARIA. ¡Padre del alma!

Andrés habrá salido al principio de la última redondilla, y dice su verso colocándose en medio de Guillem y María, pero algo separado; María dice el suyo corriendo á su encuentro.

ESCENA VII.

DICHOS. — ANDRES.

ANDRES. ¡Buenas noches!
SOROLLA. ¡Buenas noches!
MARIA. ¿Cómo habeis tardado tanto?
¿Donde fuisteis á estas horas?
ANDRES. Me llegé á ver á mi hermano,
y verle no pude ya
sino muerto al desdichado.
MARIA. ¡Infeliz! ¡Dios le reciba
en su seno sacrosanto! (*Cruzando las manos y dirigiéndose al cielo.*)
SOROLLA. ¡Pobre Juan!
ANDRES. ¡Dichoso él,
que al fin habrá descansado!
pronto yo le seguiré.
MARIA. ¿Vos, padre?
ANDRES. Pues está claro.
Yo como él ya camino
al sepulcro paso á paso,
y pronto caerá mi vida
bajo el peso de los años.
MARIA. No, padre, Dios no querrá
de mi lado arrebataros
tan pronto, y á mí dejarme
solitaria y sin amparo.
ANDRES. Esa es mi pena mayor;
mas el Señor en su fallo
nos impuso tal tributo,
y hay, María, que pagarlo.
SOROLLA. Teneis razon, buen Andrés;
mas yo sabeis que idolatro
á Maria: si me la dais,
su esposo seré y su amparo,
y así vos aunque falteis,
podreis tranquilo marcharos
bien seguro de que ella
apoyo tendrá á mi lado,
y á mí me hareis venturoso
dándome el bien que mas amo.

ANDRES. Guillem, mucho tiempo hace
que un hijo en tí estoy mirando,
y que como á tal te quiero
tú no debes ignorarlo.
SOROLLA. Ya lo sé.
ANDRES. Pues siendo así,
debes tener olvidado
que haré yo por complacerte
todo lo que esté en mi mano.
Mas María....
MARIA. Yo, señor,
ya sabeis cuánto le amo,
y en ser su esposa tan solo
cifro todo el bien que aguardo.
ANDRES. ¡Bien, hijos! tan solo eso
deseaba yo de entrambos,
pues aunque yo no ignoraba
que os estais há tiempo amando,
esperaba con afan
el que llegara este caso
para quedar convencido
de ese amor tan puro y santo.
Así pues, hijos queridos,
por mí no pongais reparo;
yo os doy mi consentimiento,
solo bien que puedo daros.
MARIA. ¡Padre!
SOROLLA. ¡Andrés!
ANDRES. ¡Amala mucho!
SOROLLA. Cuanto amar me sea dado.
ANDRES. Todo ella lo merece
por su virtud.
MARIA. ¡Padre caro!
ANDRES. (Además es desgraciada
y es justo la des tu amparo.) (*Aparte á Sorolla.*)
SOROLLA. (¡Desgraciada!....)
ANDRES. (Como yo
que há muchos años la arrastro.)
SOROLLA. (¿Y yo saber no podré...)
ANDRES. (¿El qué?)
SOROLLA. (¿Lo que ha motivado
tal desgracia?)
ANDRES. (Es un secreto

que ganas con ignorarlo.)

MARIA. ¿Que deciais, padre? (*Acercándose.*)

ANDRES. Nada.

MARIA. ¿Pues creí haber escuchado....

ANDRES. Solo á Guillem le decia
que anhelo veros casados.

En este momento dan las ánimas. María se arrodilla delante del Crucifijo figurando que reza; Guillem se descubre y se inclina: Andrés se sobrecoje.

MARIA. ¡Las ánimas!

ANDRES. ¡Triste suerte!
Hace diez y nueve años
que cada vez que las oigo
brota en mis ojos el llanto.
¡Noche fatal! (*Llora.*)

SOROLLA. ¡Mas qué es esto,
Andrés, vos estais llorando!
¿Qué teneis? (*Corriendo á su lado.*)

ANDRES. Nada; no es nada.

MARIA. Nunca ha querido ser franco
y decirme á mí por qué (*Acercándose.*)
suele entristecerse tanto
cuando las ánimas doblan;
pues hace ya muchos años
que le veo hacer lo mismo.

ANDRES. Ese es un funesto arcano
que tú, María, no debes
llegar nunca á penetrarlo.

MARIA. Y ¿por qué, padre?

ANDRES. ¿Por qué?
porque así Dios lo ha ordenado.
(¡Perdonadme, Dios piadoso,
si es que mal hago callando!)

SOROLLA. (¿Y yo podré, buen Andrés
entero saberle acaso?) (*Bajo á Andrés.*)

ANDRES. (Tú, sí; pues creo que sea,
Guillem, hasta necesario
que lo sepas.)

SOROLLA. (Pues decidme)

ANDRES. (Ahora voy.)

MARIA. (¡Secreto infausto!)
ANDRES. ¿María? (*Alto.*)
MARIA. ¿Padre?
ANDRES. Vé á casa,
y mientras con Guillem trato
de cierto asunto, la cena
me puedes ir preparando,
que yo al momento te sigo.
MARIA. Bien, padre. Mas ved que aguardo:
no tardeis.
ANDRES. Voy en seguida.
MARIA. Adios, Guillem.
SOROLLA. El su amparo
te dé, cándida María.
MARIA. Que no salgas. (*Bajo á él.*)
SOROLLA. Lo he jurado.
(*Vase María.*)

ESCENA VIII.

SOROLLA. — ANDRES.

SOROLLA. Solos ya, podeis hablar
sin temor.
ANDRES. Alguien pudiera
escuchar. (*Señalando la puerta del foro.*)
SOROLLA. De esta manera
lo podremos evitar. (*Cerrándola.*)
ANDRES. Bien, Guillem. Ahora te ruego
que oigas con calma una historia,
que me quema la memoria
como una plancha de fuego.
SOROLLA. Decid. (*Se sientan.*)
ANDRES. Niño todavía,
pero anhelando querer,
de una inocente mujer
se enamoró el alma mia.
Amor tal supo inspirarme
que por ella loco estaba....
en fin, pues tanto la amaba,
con ella llegué á enlazarme;
y de esta union bendecida
nació una niña hechicera,

para hacer mas placentera
nuestra deliciosa vida.
Felices se deslizaban
los años, y la hermosura
de mi hija inocente y pura
crecia al par que pasaban:
modesta como su madre
llegó por fin á mujer,
y era el orgullo, el placer
de su idolatrado padre;
pero la suerte inhumana
de mi dicha tuvo envidia,
y ordenó que la perfidia
se ensañase en mí villana:
y una noche.... ¡noche impía!
por infames calumniado,
tuve que huir desterrado
lejos de la patria mia.
Golpe tal la vida hirió
de mi esposa idolatrada,
que triste y desesperada
al poco tiempo murió.
Sola así quedó en Valencia
mi hija, mi prenda cara,
sin tener quien amparara
ni velase su inocencia.
Entonces un fementido
osó, mintiéndola amor,
deshojar aquella flor
que mi orgullo habia sido.

SOROLLA. (¡Todo lo voy comprendiendo!)

ANDRES. Mi inocencia al fin probada,
á mi patria idolatrada
volví, y al punto corriendo
á mi casa me llegué
en busca de mi tesoro....
mas ¡ay! todavía lloro
al recordar cual la hallé.
Sobre un lecho empobrecido (*Entrecortado por el llanto.*)
mi hija estaba espirando,
y en sus brazos sollozando
ví un ánjel recien nacido.

SOROLLA. ¿María?
ANDRES. Sí á fé; ¡María,
que de nacer acababa!
¡triste cuadro que rasgaba
sin piedad el alma mia!
Mi hija, al verme, con pasion
los brazos á mí estendiendo
me dijo casi muriendo:
—«¡Oh, padre, vuestro perdon
«otorgadme en tal momento,
«si aun piedad para mí os queda,
«á fin que tranquila pueda
«exhalar mi último aliento.''
—«¡Yo te perdono!''—esclamé
en aquel supremo instante,
y en sus brazos delirante
al momento me arrojé.
Entonces una sortija
y una carta me entregó,
y al dármelas esclamó:
—«Son del padre de mi hija
«estas prendas: si quereis
«guardadlas; y si algun dia
«padre busca mi María,
«con ellas le encontrareis,
«pues él no me ha abandonado;
«es noble y me tiene amor,
«mas es soldado, y su honor
«á pelear le ha llevado.''
Aun queria proseguir,
pero la muerte llegó
y de ella se apoderó;
poco ya tardó en morir.
Las ánimas dando estaban
cuando empezó su agonía;
cuando la pobre moría
ellas de dar acababan;
por eso cruel dolor
al oirlas me atormenta,
y es que ante mí se presenta
aquel cuadro aterrador. (*Llora.*)
SOROLLA. ¡Pobre Andrés! (*Pausa.*)
ANDRES. Desde aquel dia

eché sobre todo un velo,
y procuré hallar consuelo
en los brazos de María:
el nombre de hija la dí,
y ella cual padre me ha amado.

SOROLLA. ¿Y nunca habeis procurado?...

ANDRES. ¿Buscar á su padre? (*Con afan.*)

SOROLLA. Sí.

ANDRES. Nunca, no.

SOROLLA. ¿Por qué razon?

ANDRES. Porque si hallado le hubiera,
tal vez la calma perdiera,
y harto sufrió el corazon.

SOROLLA. ¡Es verdad!

ANDRES. Tú que á ser vas
de esa cándida paloma
esposo, las prendas toma
con que encontrarle podrás. (*Le dá una carta y una sortija.*)
Yo nunca esa carta abrí
por no descubrir un nombre,
y por él hallar al hombre
que tanto mal me hizo á mí.
Tú harás lo que mas te cuadre.
Ahora adios, pues ya María
estará triste y sombría
al ver que tardo.

SOROLLA. Adios, padre.

ANDRES. ¡Oh, qué bien suena en mi oido
ese nombre celestial!
hasta de mi mismo mal
al escucharle me olvido.

Guillem le acompaña hasta la puerta del foro; la abre y se abraza de Andrés: éste se retira por ella.

ESCENA IX.

SOROLLA (*bajando al proscenio.*)

¡Pobre viejo! ¡sin piedad
se ensañó en él la desgracia!...

¡Mucho debe haber sufrido
con tales golpes su alma!

ESCENA X.

SOROLLA.—GASPAR, *que entra por el foro y cierra la puerta.*

GASPAR. ¿Guillem?
SOROLLA. ¿Qué ocurre, Gaspar?
dime pronto lo que pasa.
GASPAR. Que empieza la confusion
á hervir en calles y plazas,
pues al cundir por Valencia
la voz de que ya es llegada
la hora de dar el grito,
todos á luchar se lanzan;
y no hay, Sorolla, un plebeyo
que no abandone su casa,
y anhele tomar al punto
sangrienta y cruel venganza.
SOROLLA. Bien, Gaspar.
GASPAR. Los estandartes
de los gremios ya se hallan
al frente de sus parciales
en la plaza de la Paja,
donde acudiendo van todos
al oir batir las cajas.
SOROLLA. Esta noche salvaremos
nuestra libertad hollada,
ó moriremos por ella.
(*Llaman á la puerta del foro.*)
¿Mas qué es eso?
GASPAR. Que nos llaman.
SOROLLA. Vé quién es.
GASPAR. ¿Quién vá?
ANDRES. (*Desde fuera.*) ¡Guillem!
SOROLLA. ¡Es Andrés! ¡Cristo me valga!
Algo le habrá sucedido:
abre, Gaspar, sin tardanza.

Gaspar abre, y entra Andrés casi sin poder tenerse, pálido y desencajado, y se arroja en los brazos de Guillem.

ESCENA XI.

DICHOS. — ANDRES.

ANDRES. ¡Ah, Guillem!...
SOROLLA. ¡Pasmado quedo!
¿Qué teneis?
ANDRES. ¡Que me han matado!
Corre tú....
SOROLLA. ¿Qué os ha pasado?
Hablad pronto.
ANDRES. ¡Qué.... No puedo!
SOROLLA. Calmad pronto mi agonía.
Decid, ¿qué os ha sucedido?
¡Acabad!...
ANDRES. ¡Que me han perdido,
robándome á mi María!
SOROLLA. ¡Qué he escuchado, Dios eterno!
¡Robada!... ¿Por quién?
ANDRES. No sé....
SOROLLA. ¡Oh, yo encontrarle sabré
aunque le esconda el infierno!
Sin ella, que es mi existencia,
más el rencor en mi crece:
si hoy María no parece,
¡tiemble, sí, tiemble Valencia!

Sale corriendo por el foro. Gaspar acude á sostener á Andrés, que cae desplomado en el suelo. Telon rápido.

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Salon en el palacio del Virey. Puerta al fondo, que es la de entrada. En primero y segundo término derecho un balcon y una puerta; al izquierdo dos puertas. Sillas y mesas de la época. Encima de una de las mesas un reloj. Candeleros con luces.

ESCENA PRIMERA.

BLASCO.—FORTUN.

BLASCO. ¡Buena presa, vive Dios,
hemos hecho!
FORTUN. ¡Por mi madre,
que es un tesoro la niña!
BLASCO. Mejor dijeras un ánjel.
Y tú, Fortun, ¿no adivinas
qué idea podrá llevarse
el Virey con haber preso
á ese serafin?
FORTUN. ¡Quién sabe!
BLASCO. ¿Mas tú no barruntas nada?
FORTUN. No; pero lo mas probable
es que estará enamorado
y juzgará que es mas fácil.
teniéndola en su poder,
llevar su plan adelante.
BLASCO. Otra cosa yo sospecho,
pues no es el Virey tan frágil
que por meros galanteos

acometa empresas tales.

FORTUN. ¿Y qué es lo que tú sospechas?
Vamos á ver.

BLASCO. ¡Que me empalen
si no es cuestion de política
lo que al robo ha dado márjen!

FORTUN. ¿De veras?

BLASCO. ¡Pues está claro!

FORTUN. Eso, Blasco, ya es mas grave.
¿Y qué tiene ella que ver?...

BLASCO. Tiene, por....

FORTUN. Calla, que salen. (*Mirando hácia la primera puerta de la izquierda.*)

BLASCO. Pues ven y te enteraré
del asunto.

FORTUN. Que me place.

Se retiran por el foro, y al mismo tiempo salen por la izquierda el Virey y D. Juan.

ESCENA II.

EL VIREY.—D. JUAN.

VIREY. ¿Conque salisteis en bien,
D. Juan, del nocturno lance?

D. JUAN. Mejor que yo me creia.

VIREY. ¿Nadie os ha visto?

D. JUAN. No es fácil,
pues como boca de lobo
estaba, señor, la calle;
además, tan solo ella
pasaba en aquel instante,
de modo que es imposible
que nos haya visto nadie.

VIREY. Bien; ¡ojalá sea así!
Aunque en ocasiones tales
pensamos que no nos ven
y nos ven de muchas partes.
¿Y á dónde la habeis llevado?

D. JUAN. Aquí, hasta ver lo que se hace
con ella.

VIREY. ¿Y en dónde está?

D. JUAN. En la habitacion que cae
al jardin.

VIREY. Pues id por ella,
y aquí traedla al instante.

D. JUAN. ¿La vais á hablar?

VIREY. Sí, D. Juan;
he determinado hablarle
por ver que tal se presenta.

D. JUAN. Voy.

VIREY. Vos, mientras ella se halle
en esta estancia conmigo,
procurad que no entre nadie,
y si es que algo sucediere
mandad al punto avisarme.

(*Vase D. Juan, segunda puerta izquierda.*)

ESCENA III.

EL VIREY.

La guerra ya está empezada:
veremos quién puede mas;
yo no he de volverme atrás
en la sangrienta jornada.
De valor y de fé lleno
lucharé hasta sucumbir;
si solo alcanzo morir,
moriré, mas como bueno;
pues para mí no hay mas ley
ni mas poder en la tierra,
que la lealtad que encierra
mi pecho para mi rey.

Salen D. Juan y María por la segunda puerta de la izquierda: aquel se retira por el foro; ésta permanece en la puerta, hasta que baja cuando lo indica el diálogo.

ESCENA IV.

EL VIREY.—MARIA.

VIREY. (¡No mintieron al decir
que era hermosa!) (*Contemplándola.*)

MARIA. (¡Jesus mio,
yo en tu clemencia confio;
ten piedad de mi sufrir!)

VIREY. Adelántate, María,
y nada temas.

MARIA. ¡Señor, (*Se adelanta y se deja caer á sus pies.*)
tened piedad del dolor
que desgarra el alma mia!

VIREY. Alza, María, y advierte,
que es el Virey de Valencia
el que se halla en tu presencia.

MARIA. ¡Vos el Virey! ¡Triste suerte! (*Sobresaltada.*)

VIREY. ¡Te dá el saberlo tormento!
¿Qué hay en ello que te asombre?
¿Te asusta acaso este nombre?

MARIA. ¡Oh, sí, que algun mal presiento!

VIREY. ¡Algun mal! ¿por qué razon?

MARIA. ¿Y vos me la preguntais,
cuando la paz le robais
á mi pobre corazon?
Decid, ¿por qué de mi hogar
me habeis, señor, arrancado,
y hasta aquí me hais arrastrado?
¿En qué os pude yo faltar
para que de tal manera
os cebeis en mí inclemente,
cuando mi alma inocente
nunca ofenderos pudiera?
Siendo así, por caridad
dejadme libre al instante,
para que de un padre amante
vaya á calmar la ansiedad.
No dejeis que llegue el dia,
pues quizá el dolor taladre
el pecho de mi buen padre
al verse sin su María.
Dejadme, señor, salir
que ya mi tardanza es mucha.

VIREY. Calma ten, y atenta escucha
lo que te voy á decir.

MARIA. Hablad.

VIREY. Tu suerte, María.

aunque decírtelo siento,
depende en este momento
de Sorolla.

MARIA. ¡Virjen mia!
¿De Guillem pende mi suerte?

VIREY. Sí, María; en él estriba
el que salgas de aquí viva,
ó acaso encuentres la muerte.

MARIA. ¡La muerte! ¿y por qué razon?

VIREY. Porque así Guillem lo ordena.

MARIA. ¿El á morir me condena?

VIREY. Sí en verdad.

MARIA. Por compasion
sacadme de esta ansiedad,
pues mi mente no comprende
por qué de Guillem depende
mi vida y mi libertad;
pues no es posible, señor,
que él mi desgracia pretenda,
cuando sabe que es la prenda
y el objeto de mi amor.

VIREY. Ya lo sé; mas sin piedad
te vá á perder, si obstinado
al frente del pueblo osado
sigue y no cede.

MARIA. ¡Oh maldad!
¡Bien clara ya se me alcanza
vuestra manera de obrar!
Me robasteis por tomar
en mí de Guillem venganza.
¡Infame y cobarde accion,
llena de ignominia y dolo,
accion que cabe tan solo
en vuestro vil corazon!
Bien mi alma me decia
que era imposible que él
pudiera atentar cruel
contra la pobre María.
Tal vez os habreis creido
que teniéndome á mí presa,
toda la discordia cesa
y está ya Guillem vencido.
Mas os mintió vuestro afan;

le conozco, y sé de cierto.
que tan solamente muerto
desistirá de su plan.
Ni mi muerte hacer podrá
que él desmaye en la refriega,
pues si aquí á perderme llega
en el cielo me hallará.
Y allí exentos de dolor
y de la maldad que encierra
vuestra envilecida guerra,
renacerá nuestro amor.
Ahora llevadme á morir.

VIREY. No, María, que aun espero
salvarte; sí, yo lo quiero.

MARIA. Pues bien, dejadme salir.

VIREY. Esta noche es imposible.

MARIA. ¿Y decís quereis salvarme?
Lo que ansiais es inmolarme
á vuestro furor horrible.

VIREY. ¡Oh, mal comprendes mi anhelo!
Yo en esta guerra fatal
tal vez seré criminal,
mas lo seré por el celo
y por la tremenda ley,
que me obliga de mil modos,
á anteponer ante todos
la voluntad de mi rey.
El fiado en mi nobleza
aquí su poder me dió,
y antes que faltarle yo
he de perder la cabeza.

ESCENA V.

DICHOS.—FORTUN, *que sale apresurado por el foro.*

FORTUN. ¡Señor! ¡Señor!

VIREY. ¿Qué sucede,
Fortun?

FORTUN. Varios caballeros
que ahora de llegar acaban,
desean en el momento

hablaros, y segun dicen
importa no perder tiempo;
pues el pueblo alborotado
vá por Valencia esparciendo
la confusion y la alarma,
y con gritos descompuestos
y hostiles demostraciones
vuestra vida está pidiendo.

VIREY. Al punto voy.

FORTUN. Bien, señor. (*Vase.*)

VIREY. ¡Mi vida! ¡Poder del cielo!
¿Lo ves, María, lo ves?
ya estalló ese pueblo fiero;
más si hoy contra mí se ensaña,
contra tí se ensaña á un tiempo.

MARIA. ¡Señor, tened compasion!(*Suplicándole.*)

VIREY. ¡Compasion!... y estás oyendo
que mi vida el pueblo pide....
¡Ay de tí, si yo perezco!
(*Vase precipitadamente por el foro.*)

ESCENA VI.

MARIA.

¡Gran Dios! ¿qué será de mí
en esta tremenda lucha,
si nadie mi voz escucha
y me abandonan así?
Ya por desgracia perdí
de vivir toda esperanza;
pues bien claro se me alcanza
que el Virey enfurecido,
del mal que no he cometido
quiere en mí tomar venganza.
En tanto, ¡terrible suerte!
¿de mi padre y de Guillen
qué será? ¡quizás tambien
corran en pos de la muerte!
¡Oh Señor! sobre ellos vierte
un rayo de tu luz pura;
concédales tu ternura
la calma, y agradecida

te entregaré yo mi vida
en cámbio de su ventura.

ESCENA VII.

MARIA. — D. JUAN.

D. JUAN. (Héla allí. ¡Oh! ya es preciso
que acabe de una vez este tormento
que me destroza el alma.)
Escúchame, María. (*Adelantándose hácia ella.*)

MARIA. ¿Vos otra vez aquí? ¡Cruel destino!
¿Por qué os interponeis en mi camino,
si os he dicho, señor, ya veces ciento
que en vano es vuestro afan y en vano es todo,
pues para hacer ceder ni un solo instante
mi voluntad de hierro
encontrar no podreis jamás el modo?

D. JUAN. Ya lo sé; mas tu suerte
está en mis manos hoy, y si no cedes
irás muy pronto á recobrar la calma
en los helados brazos de la muerte.

MARIA. Allí descansaré de tantos males.
Sin duda me juzgaisteis muy cobarde
cuando creisteis que dudar pudiera
y la deshonra mia prefiriera
por temor á la muerte.
Infame miedo que caber no debe
en pecho de mujer honrada y pura:
y no una vida, no, mil yo perdiera
primero que aceptar infamia tanta,
pues la muerte es un bien, y la deshonra,
allá do fija su sangrienta planta,
tan solo deja llanto y desventura;
y vale mas morir, que no en la frente
llevar la marca impura
de la deshonra vil, y entre dolores
arrastrar una vida
despreciada doquier y envilecida.

D. JUAN. ¡Oh! no, María, no; con mis amores
yo te daré la paz y la ventura.
Tú imaginas quizás que ansio perderte
porque no has comprendido adonde llega

de mi pasion ardiente
el fuego abrasador; mas te equivocas,
mi anhelo solamente
es hacerte feliz y venturosa.

MARIA. ¡Feliz! ¡Cuán mal en vuestros torpes lábios
esa palabra suena!
¿Decís que es vuestro anhelo
el hacerme feliz?... palabra vana
que los hechos desmienten cuando infame
estais á todas horas
llenándome de agravios
con vuestro horrible amor que me estremece.

D. JUAN. Porque me juzgas mal; mas si supieras
lo grande de mi amor, quizás, María,
piedad de mí tuvieras.

MARIA. ¡Piedad de vos!... jamás: nunca podria
tener el alma mia
piedad del que inhumano
de mi hogar me arrancó, y al arrancarme
conmigo arrebató torpe y villano
la paz y la ventura de un anciano.

D. JUAN. Mas no la culpa yo de eso he tenido;
tal órden al Virey le plugo darme;
él lo dispuso, y yo al ejecutarlo
su mandato no mas he obedecido.

MARIA. ¡Hicisteis bien! vuestro deber tan solo
era el obedecer. Mas si es tan grande
esa pasion que vuestro pecho encierra,
¿por qué en aquel momento,
en vez de cometer tamaño dolo,
no procuró vuestra pasion salvarme?
¿Callais?... ¡á tanta mengua
tan solo contestarme
con el silencio puede vuestra lengua!

D. JUAN. Tienes razon, María.
Mas terrible deber hoy me ha ordenado
ser contigo cruel, y no he tenido
bastante abnegacion para vencerme
y ser por tí traidor; mas todavia
á tiempo estamos: dime que algun dia
llegarás á quererme,
y al punto de este sitio partiremos,
y lejos de Valencia

un asilo hallaremos,
donde por siempre unidos viviremos.

MARIA. Jamás.

D. JUAN. Piénsalo bien.

MARIA. Ya lo he pensado,
y nunca aceptaré bajeza tanta.

D. JUAN. ¿Por qué ceder no quieres, desdichada,
si no tienes mas bien en tu camino,
y es ceder ó morir hoy tu destino?

MARIA. Muera en buen hora, pero muera honrada;
y mas no me digais porque es en vano,
vuestro cruel rigor puede inhumano
cebarse en mí; mas todo cuanto intente
inútil ha de ser mientras mi pecho
inmaculado aliente
por el honor y la virtud guiado.

D. JUAN. Pues bien, María; ya que de tal modo
desprecias la pasion que me devora,
no te quejes despues si es que inclemente
de mi venganza ardiente
se ceba en tí la rabia asoladora.

MARIA. Dispuesta estoy á todo;
vuestra venganza atroz tranquila espero:
nada me arredra si con honra muero.

ESCENA VIII.

DICHOS.—EL VIREY.

VIREY. ¿D. Juan?

D. JUAN. ¡Señor!

VIREY. Al instante
conducid á su aposento
á esa mujer.

D. JUAN. Ven, María.

MARIA. ¡Señor, que tengais espero (*Al Virey.*)
piedad de esta desdichada!

VIREY. Vé, María; y ten por cierto
que la suerte que yo corra
correrás tú sin remedio.

MARIA. ¡Compasion!...

VIREY. Llevadla al punto,
que importa no perder tiempo.

MARIA. ¡Madre de Desamparados,
solo en tu bondad espero!
(*Marchándose con D. Juan por la segunda puerta de la izquierda.*)

ESCENA IX.

EL VIREY.

Desde este momento empiezan á oirse rumores y mueras al Virey debajo del balcon, que van siguiendo en aumento hasta el fin del acto.

¡Hola, ya segun parece
ese turbulento pueblo
á dar señales empieza
de su rebelion! Me alegro,
pues esta noche sucumbo,
ó he de lograr ¡vive el cielo!
el que no quiera ya mas
volver á gritar soberbio.

ESCENA X.

EL VIREY.—D. JUAN.

D. JUAN. Ya vuestra órden cumplí; (*Rumores.*)
mas los rumores que advierto
me indican que ya ha estallado
la rebelion en el pueblo.
VIREY. Sí, D. Juan; y es necesario
que esta noche castiguemos
de una manera terrible
su insensato atrevimiento
VOCES FUERA. ¡Muera el Virey!
OTRAS. ¡Muera! muera!
VIREY. ¿Escuchais? Ya están pidiendo
mi vida.
D. JUAN. ¿Mas cuál será
la causa, señor, que á ello
les inducirá á estas horas?
¿La sospechais?
VIREY. Sí, recelo

que incitados por Sorolla
habrán sido los plebeyos,
y querrán tomar en mí
venganza, porque no accedo
á nombrar los dos jurados,
como prescriben sus fueros,
hijos del pueblo.

D. JUAN. Señor,
otra cosa yo me temo.

VIREY. ¿Y qué es lo que vos temeis?

D. JUAN. Que pueda haber descubierto
Sorolla de esa doncella
el rapto, y haya resuelto,
para poder recobrarla,
penetrar á sangre y fuego
en este augusto palacio
ayudado por el pueblo.

VIREY. Mas, ¿cómo puede él saber
que en nuestro poder tenemos
á María? Vos dijisteis
que ninguno acertó á veros.

D. JUAN. Sí; mas á veces, señor,
que no nos miran creemos
y nos ven de muchas partes:
hace muy pocos momentos
que esta observacion me hicisteis,
y si entonces por completo
no la acepté, en este instante
por muy prudente la tengo.

VIREY. ¿De modo que vos creeis
que os han visto?

D. JUAN. Tal lo creo,
pues solo así yo me esplico
el alzamiento del pueblo
á estas horas. (¡Oh, María!
tú has despreciado mis ruegos,
y atroz será mi venganza.)

VIREY. Mas si eso, D. Juan, es cierto,
estamos comprometidos.

D. JUAN. Lo que estamos es espuestos
á recibir una muerte
horrible, si en su despecho
ese pueblo aquí penetra.

y á María encuentra dentro.

VIREY. Teneis razon; es preciso
que sin perder un momento
os la lleveis de este alcázar
antes que llegue á perdernos.
Por la puerta del jardin
salir podreis sin recelo,
pues el pueblo ahora se encuentra
por suerte en el lado opuesto.
Lleváosla á vuestra casa;
una vez allí, su dueño
sois, y hacer podeis de ella
lo que imagineis mas cuerdo.

D. JUAN. Hacer que desaparezca
me parece el mejor medio,
pues si libertad la damos
pudiera muy bien perdernos
descubriendo la verdad,
y por lo mismo yo creo,
que antes que dejarla libre
la muerte darle debemos,
y así seguros estamos
que no publique el secreto.

VIREY. Haced lo que mas os cuadre:
únicamente os advierto
que me aviseis al instante
que de ella libres quedemos.

D. JUAN. Pues oid: cuando el reloj
de la torre de la Seo
las doce toque esta noche,
si no se ha calmado el pueblo,
y de vos no he recibido
otra órden, estad cierto
que antes que de dar acaben
habrá muerto sin remedio.

VOCES FUERA. ¡Muera el Virey!

OTRAS. ¡Muera! muera!

VIREY. ¡Oh! marchad, D. Juan, corriendo,
mientras yo voy sin demora
á ver si están en sus puestos
mis intrépidos soldados
y mis fieles caballeros.

D. JUAN. Voy, señor, pues para mí

es un siglo de tormento
cada minuto que tardo. (*Vase el Virey puerta derecha.*)
¡Oh! ya en mi poder te tengo,
María, y mia ó muerta
ahora serás sin remedio. (*Vase segunda puerta izquierda.*

ESCENA XI.

SOROLLA. — FORTUN.

FORTUN. Esperad, Sorolla, aquí,
mientras aviso al momento
al Virey.
SOROLLA. Que sea pronto,
pues me interesa en estremo. (*Vase Fortun.*)

ESCENA XII.

SOROLLA.

Ningun obstáculo he hallado,
y penetrar he podido
hasta aquí: fortuna ha sido
el no habérmelo estorbado.
Sin duda el Virey mandó
que nadie me interrumpiera
cuando allí de tal manera
la guardia paso me abrió:
mas, ¿cuál su intencion será
cuando á María ha robado?
¿Será por tenerme atado
ó es que su historia sabrá?
Si la sabe, ¡suerte horrible!
toda esperanza perdí,
pues nuestra union ¡pesie á mi!
es entonces imposible.
¡Oh, de esta duda fatal
cuanto antes salir anhelo!

ESCENA XIII.

EL VIREY.—SOROLLA.

VIREY. Sorolla, guárdeos el cielo.
SOROLLA. Y á vos os libre de mal.
VIREY. Me habeis mandado á llamar,
y al momento diligente
he venido....
SOROLLA. Justamente.
VIREY. Por no haceros esperar.
SOROLLA. Sin duda os habrá estrañado
á estas horas....
VIREY. No por Dios.
Siempre supuse que vos
vendriais, cuando alarmado
al pueblo escuché por fuera.
SOROLLA. ¿Conque pensasteis?...
VIREY. Sí, á fé;
prueba de ello es que mandé
que ninguno se opusiera
á vuestra entrada.
SOROLLA. Es verdad;
y yo eso mismo creí,
al ver que llegué hasta aquí
con entera libertad.
VIREY. Ya veis como lo acerté.
Venido habeis sin tardar.
SOROLLA. Fácil era de acertar
despues de....
VIREY. ¿Despues de qué?
SOROLLA. ¡Que lo pregunteis me admira!
VIREY. Teneis razon; no debí,
despues de oir como oí
del pueblo la injusta ira;
y ya de vuestra venida
todo el motivo comprendo:
el pueblo la está pidiendo.
y vos vendreis por mi vida....
Mas os advierto que cara
os ha de costar. Sorolla

SOROLLA. Todo mi valor lo arrolla,
y eso poco le importara;
mas no es vuestra vida, no,
lo que hoy pretende mi anhelo,
ni ella vale ¡vive el cielo!
lo que os vengo á pedir yo.

VIREY. Sorolla, no con tal mengua
me insulteis, y reparad,
que puede mi autoridad
haceros cortar la lengua.

SOROLLA. Digna es de vos solamente
tal accion, y no me espanta,
mas antes de infamia tanta
os la escupiera en la frente.

VIREY. ¡Advertid!...

SOROLLA. ¿Qué he de advertir?
Nada advierto en este dia:
me habeis robado á María,
y os la vengo aquí á pedir;
y nada hacerme podrá
desistir, pues sé muy bien....

VIREY. ¿Qué es lo que sabeis, Guillen?

SOROLLA. Que aquí en vuestra casa está.

VIREY. ¿Y si acaso no estuviera,
entonces qué me diriais?

SOROLLA. Que vos de ella respondiais,
pues hubo quien conociera
en sus viles robadores
á dos de vuestros criados,
infames séres comprados
solo para ser traidores.
Conque pensadlo con calma,
y á María dadme luego;
no acrecenteis mas el fuego
que me está quemando el alma. (*Rumores.*)
¿Ois al pueblo gritar?
vuesta vida pide, sí,
y por ella vendrá aquí,
y se la tendreis que dar,
pues ante su inmenso sér
y la razon que le abona,
es nada vuestra persona,
es nada vuestro poder.

VIREY. No vendrá, no, ¡vive Dios!
SOROLLA. Mi señal tan solo espera
para romper la barrera
que le separa de vos.
Conque á María al momento
entregadme.
VIREY. Eso jamás.
SOROLLA. ¿Y por qué?
VIREY. Porque quizás
exhale su último aliento
muy pronto.
SOROLLA. ¡Qué es lo que oí!
(Todo lo ignora, y la mata.)
¡Oh, vuestra rabia insensata
sin piedad se cebe en mí;
pero salvad á María,
salvadla por compasion;
no mancheis con tal borron
vuestra noble gerarquía!
VIREY. Pues juradme vos en nombre
del pueblo, que de hoy en mas
no gritará ya jamás;
y que cual Virey, cual hombre,
sumiso sabrá acatarme,
y la salvo.
SOROLLA. Nunca, no;
muera ella, y muera yo
antes que llegue á mancharme
con tan infame baldon.
VIREY. Pues bien, los dos morireis.
SOROLLA. Pero nunca lograreis
que acepte tal traicion. (*Rumores y mueras.*)
VIREY. ¿No oís al pueblo gritar?
Pues bien, Sorolla, os advierto,
que tocando están á muerto
esos gritos sin cesar.
Ved el reloj. (*Señalándole el de sobremesa.*)
Pronto á oir
vais las doce; en cuanto den,
María dará tambien
su último adios al vivir.
SOROLLA. (¡No mas callar! Torpe fuera.
Por siempre á perderla voy,

pero la vida le doy:
que se salve aunque yo muera.)
Señor Virey, sin tardar
salvad, salvad á María.

VIREY. Nunca.

SOROLLA. Ved que su agonía
muy cara os ha de costar.

VIREY. ¿A mí?

SOROLLA. A vos.

VIREY. ¿Por qué razon?

SOROLLA. Porque á ella estais atado
por un lazo muy sagrado.

VIREY. ¡Yo!...

SOROLLA. Vos. ¿Vuestro corazon
nada os dice que os aflija?
¿No recuerda?...

VIREY. ¡No os comprendo!

SOROLLA. ¿No os está á voces diciendo
que María es vuestra hija?

VIREY. ¡Mi hija!!!

SOROLLA. Tiempo no perdamos.
Mirad. (*Le dá la carta que Andrés le entregó en el primer acto. El Virey la lee con ansiedad. Breve pausa.*)

VIREY. ¿Qué es lo que he leido?
¡Gran Dios! y yo la he perdido!
Corramos pronto, corramos.

Van á salir apresurados por la puerta del foro; pero al llegar al centro del teatro se oye la primer campanada de las doce del reloj de la Catedral. Los dos lanzan un grito de dolor y se quedan anonadados. El Virey cuenta con impaciencia la horas: Sorolla debe demostrar en su rostro y en su apostura una mezcla de sentimiento y de ira, dificil de podérsela esplicar al actor que no la comprenda.

LOS DOS. ¡Oh!!!

VIREY. ¡La muerte lleva en pos
esa funeral campana!
¡Mi hija! ¡Suerte inhumana!

SOROLLA. No, no; ¡justicia de Dios! *Telon rápido.*

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

La misma decoracion del acto primero. Es de dia.

ESCENA PRIMERA.

GASPAR.

Por instantes mi afan crece. (*Al foro.*)
Del pueblo la vocería
ya ha cesado, y todavía
el buen Guillem no parece. (*Bajando.*)
¿Si algo le habrá sucedido?
¡Oh, esta duda insensata
me desconcierta, me mata!...
¿A dónde estará metido?
Há dos horas que salió
Gil en su busca, y no viene
tampoco. ¿Qué me detiene?
Corro á buscarle.... mas no;
salir fuera vano empeño.
Mi sitio es este lugar,
mientras tenga que velar
de ese pobre ánjel el sueño; (*Señalando á la puerta izquierda.*)
y aunque me abruma esta calma
y esta atroz indiferencia,
no hay mas que tener paciencia
y ahogar los gritos del alma.

ESCENA II.

GASPAR.—GIL, *entrando por el foro*

GIL. ¿Gaspar?
GASPAR. ¡Al fin has venido!
¿Y Sorolla?
GIL. Con afan
he recorrido buscándole
casi toda la ciudad,
y encontrarle no he podido.
GASPAR. ¡Dios mio, tiemblo al pensar
si habrá muerto el desdichado
en la refriega quizás!
Pero ¿ninguno te ha dicho
qué es de él? ¿En dónde está?...
¿Qué es del pueblo?
GIL. El pueblo en triunfo
pasea por la ciudad;
suya ha sido la victoria:
hemos logrado triunfar.
GASPAR. ¿Pero tú no has preguntado
si alguien le vió?
GIL. Sí en verdad.
GASPAR. ¿Y qué nuevas de él te dieron?
responde sin vacilar.
GIL. Que despues de media noche
le vieron con grande afan
del palacio del Virey
salir ceñuda la faz,
y correr sin hacer caso
del clamor universal:
que al mirarle aparecer,
le empezó á victorear,
dando con su fuga márjen
á que algunos piensen mal,
y se atrevan, cual se atreven,
de su honradez á dudar,
haciendo correr la nueva
de que infame y desleal
á los nobles se ha vendido
cual otro Judas....

GASPAR. ¡No mas!
Bastante ya, Gil, has dicho;
no prosigas por piedad.
¡Sorolla traidor! ¡Oh mengua!
¡El infame! ¡él desleal!
Los que tal crimen le imputan
valencianos no serán,
y si lo son, ¡por mi madre
que le conocen muy mal!
Adonde el peligro esté
allí Sorolla estará;
y esos que hablan en su mengua
mal le podrán encontrar,
pues él el peligro busca
y ellos le temen quizás.
GIL. Lo mismo que tú sospechas
sospecho yo, buen Gaspar;
tal vez estará á estas horas
recorriendo la ciudad,
evitando que la chusma
llegue á entregarse en su afan
al robo, al saqueamiento,
manchando sin vacilar
la gloria del pueblo honrado
que lucha bravo y leal,
no para robar infame
mas sí por poder salvar
sus leyes, sus santos fueros,
sosten de su libertad.
GASPAR. ¡Pobre Sorolla! ¡Quién sabe
en dónde ahora estará!
Si tú le hubieras hallado
fuera menos mi pesar
y el suyo, pues á su pecho
hubieras vuelto la paz
noticiándole una nueva,
por la que él á no dudar
andará desatentado,
si es que vive.
GIL. Claro está
que vivirá.
GASPAR. Su tardanza
me está dando que pensar,

y mas ya no espero, Gil.
GIL. ¿Y te vas?
GASPAR. Por la ciudad
me voy á ver si le encuentro
ó algo logro averiguar:
las dudas me están matando
y no quiero sufrir mas.
Ten allí los ojos fijos. (*Indicándole el cuarto de la izquierda.*)
GIL. Tranquilo puedes marchar.
GASPAR. En tí confio.
GIL. No temas.
GASPAR. Corro pues.
SOROLLA. ¿A dónde vas?

Al llegar Gaspar á la puerta del foro, aparece Sorolla pálido y abatido: Gaspar se arroja en sus brazos; Gil corre tambien á su encuentro.

ESCENA III.

DICHOS.—SOROLLA.

GASPAR. A estrecharte entre mis brazos
para calmar mi ansiedad.
¡Muerto te creí y aun vives!
SOROLLA. Aun vivo para mi mal.
¿De qué me sirve la vida,
si he perdido, buen Gaspar,
la tranquilidad del alma,
bien que no vuelve jamás?
GASPAR. Nada has perdido, Guillem,
si has logrado al fin triunfar.
SOROLLA. ¡Triunfar! ¿Y qué vale el triunfo
cuando acompañado vá
de las muchas amarguras
que atormentándome están?
GASPAR. Tienes razon; mas el cielo
que siempre velando está
por los buenos, con largueza
te sabrá recompensar.
Si alguno de tí ha dudado,
no te importe: con afan

seguir debes tu camino
sin temer ni vacilar,
pues el premio de los héroes
aquí en la tierra no está;
ese premio se halla solo
en la mansion celestial.

GIL. Sí, Guillem, sigue adelante,
no desistas de tu plan;
Valencia te necesita....
no la abandones jamás.

SOROLLA. ¡Oh, ahora mas que nunca
por ella empiezo á luchar!
Todo cuanto amé he perdido
por salvar su libertad;
su ingratitud pagar quiero
siéndole siempre leal.

GIL. ¡Bien, Sorolla!

GASPAR. Esa nobleza
digna es, Guillem, nada mas
de un alma como la tuya.

SOROLLA. ¿Gil?

GIL. ¿Qué quieres?

SOROLLA. Sin tardar
vé á Játiva, y de mi parte
al Encubierto dirás,
que en poder de los Hermanos
Valencia se encuentra ya:
que esté alerta, pues los nobles
abandonan la ciudad,
y es probable que pretendan
ir á refugiarse allá:
si es que fuerzas necesita,
que las pida sin tardar,
y al momento nuestras gentes
en camino se pondrán.
Vete luego.

GIL. Voy al punto.

GASPAR. Adios, Gil.

GIL. Adios, Gaspar.
Hasta mañana, Sorolla.

SOROLLA. Prudencia y sagacidad.

Se dan la mano, y Gil sale por el foro.

ESCENA IV.

SOROLLA.—GASPAR.

SOROLLA. ¡Qué noche, Gaspar, qué noche! (*Sentándose.*)
¡Ojalá nunca llegara
si habia de arrebatarme
mi mas risueña esperanza!
GASPAR. (Preciso será decirle
al momento lo que pasa.)
SOROLLA. ¿Y Andrés?
GASPAR. En tu cuarto.
SOROLLA. ¿Duerme?
GASPAR. Aletargado se hallaba
hace poco; yo sospecho
que de hoy el pobre no pasa.
SOROLLA. ¡Pobre Andrés! ¡Pobre María!
¡Víctimas sacrificadas
con injusticia cruel
en las aras de la patria!
¿Quieres mas males, Gaspar?
¡Murió María!
GASPAR. Te engañas.
SOROLLA. ¡Que me engaño!
GASPAR. Sí, Sorolla:
vive y está buena y salva.
SOROLLA. ¡Oh, si eso fuese verdad
no fuera mi pena tanta!
Mas dime, ¿dónde se esconde,
que yo no he podido hallarla?
GASPAR. Muy cerca.
SOROLLA. Dímelo pronto
para que en su busca vaya.
Ya que mia ser no pueda,
saber que vive me basta.
¿En donde está?
GASPAR. Ven y mira.

Gaspar coje á Sorolla de la mano, y lo conduce á la segunda puerta de la izquierda del actor. la abre, y le enseña á María, que se supone estar allí. Sorolla al verla manifiesta en su semblante

una indecible alegría, y dice los versos que siguen como nacidos del corazon en un arranque de entusiasmo.

SOROLLA ¡María! ¡Mi prenda cara!
¡Yo acato tu Providencia!
¡Gracias, Dios clemente, gracias!
GASPAR. No grites.
SOROLLA. A verla corro.
GASPAR. ¡Detente! La desdichada
descansando ahora se encuentra,
y no es prudente alarmarla:
además el pobre Andrés
próximo á morir se halla,
y á su vista no convienen
emociones estremadas,
que agraven su enfermedad
y le hagan perder la calma.
SOROLLA. Tienes razon, buen Gaspar;
¿pero quién pudo salvarla?
¿Fuiste tú?
GASPAR. Sí.
SOROLLA. ¿Pero cómo?
GASPAR. Escucha.
SOROLLA. Dí sin tardanza.
GASPAR. Cuando el pobre Andrés anoche
vino con la nueva amarga
de que la infeliz María
le habia sido robada,
tú ciego, desesperado,
abandonaste esta casa
para correr en su busca,
y solo aquí en tal desgracia
me dejaste con Andrés
que muriéndose se hallaba.
Yo al verle de tal manera
le cojí, y hasta tu cama
en mis brazos lo llevé;
despues me salí con ansia
en busca del doctor Perez;
mas en la calle inmediata
hallé á los buenos amigos
Pedro Gil y Antonio Parra,

que despues de referirles
en brevísimas palabras
todo lo que sucedia,
como la noche era mala,
quisieron acompañarme
del doctor hasta la casa;
mas al llegar á la calle
dó el Virey tiene su estancia
y el sábio doctor tambien,
nos la encontramos que estaba
invadida por el pueblo,
y no pudimos pasarla.
En tal conflicto, pensamos
la vuelta dar por la espalda
del palacio del Virey,
y emprendimos nuestra marcha.
Cruzamos la primer calle
que encontramos despejada,
y fuimos á dar al fin
en la oscura y solitaria
donde caen los jardines
del Virey. Junto á las tapias
estábamos, cuando oimos
palabras entrecortadas
y suspiros escapados
entre sollozos y lágrimas.
De pronto nos detuvimos
cerca de una puerta baja,
y á poco salir miramos
una litera enlutada,
por dos hombres conducida,
y otro detrás que marchaba
siguiéndola silencioso
envuelto en su larga capa.
—«¡No irá muy contento el pobre
que llevan en esa jaula
cuando llora''—dijo Gil.—
Al escuchar sus palabras
me dió el corazon un vuelco
y esclamé:—«¡Cristo me valga!
¿si será tal vez María?''—
y eché á correr sin tardanza:
en pos de mí como fieras

hambrientas, desesperadas,
llegaron mis compañeros,
y á la litera se lanzan,
mientras que yo acometia
al que á su lado marchaba.
Sangrienta, terrible, muda,
empezó allí la batalla;
mas ruido no se oía
que el ruido de las armas.
De pronto un ¡ay! se escuchó,
y caer miré á mis plantas
exánime y sin aliento
al que conmigo luchaba.
Corro entonces al socorro
de Gil y el valiente Parra;
mas al llegar hasta ellos
era nuestra la jornada:
de sus dos competidores
el uno muerto se hallaba;
el otro huyó entre las sombras....
¡tan solo así se salvara!
Entonces á la litera
nos fuimos los tres con ansia,
y en ella nos encontramos
á María desmayada.
Gil y yo como pudimos
nos la trajimos á casa,
en tanto que por el médico
se marchó corriendo Parra.
Y aquí de su salvacion
tienes la historia esplicada.

SOROLLA. ¡Sin duda la Providencia
en su bondad sacrosanta
os inspiró tal camino!
¡Oh, buen Gaspar, gracias, gracias!
mas que la vida te debo.

GASPAR. A mí no me debes nada:
yo cumplí con mi deber.

SOROLLA. ¡Mas pudieras por salvarla
haber hallado la muerte!

GASPAR. Lo mismo es hoy que mañana,
y por lo tanto no temo
ante mi paso encontrarla:

mas me voy á ver si ya
del todo repuesta se halla,
y la haré salir aquí
por si es que quieres hablarla.

SOROLLA. Há tiempo que no desea
otra ventura mi alma.

GASPAR. Voy al punto. Adios, Guillem.

SOROLLA. El, Gaspar, contigo vaya.

ESCENA V.

SOROLLA.

¡Oh, cuán grande el dolor fuera
que sufriera el alma mia,
si la inocente María
por mi causa muerto hubiera!
Y tal sería su suerte,
si el generoso Gaspar
no la lograra arrancar
de los brazos de la muerte.
¡Gaspar! ¡mi leal amigo!
mientras viva, aquí grabada (*Al pecho.*)
guardaré esa accion honrada
de tu lealtad testigo!

ESCENA VI.

SOROLLA. — MARIA.

Esta aparece en la puerta por donde se marchó Gaspar; desde allí dice los primeros versos.

MARIA. ¡Guillem!

SOROLLA. ¡María adorada!

MARIA. ¡Cielos! ¿no es fascinacion
de mi mente acalorada?
¿Eres tú?...

SOROLLA. ¡Sí, prenda amada!

MARIA. ¡Guillem de mi corazon! (*Arrojándose en sus brazos. Momento de pausa.*)

SOROLLA. ¡María! ¡pobre María!
nunca ya verte creí,

y al fin te veo, alma mia:
¡ay! no mata la alegría
cuando hoy no me mata á mí.

MARIA. Yo tambien, Guillem querido,
creí no volverte á ver;
mas Dios, sin duda dolido
de mi amargo padecer,
á tus brazos me ha traido.
En ellos mi pensamiento
siempre, Guillem, fijo en tí,
vé con dulce arrobamiento
que es poco lo que sufrí
para el placer que ahora siento.

SOROLLA. ¡María!

MARIA. ¿Verdad que yá
nunca nos separaremos?
esposos pronto seremos,
y entonces nadie podrá
hacer que no nos amemos.

SOROLLA. (¡Cómo decirle, ¡oh dolor!
nuestra horrible desventura!)

MARIA. ¿Qué tienes? ¡Se me figura
que estás triste!... ¿Por ventura
no eres feliz con mi amor?

SOROLLA. Sí, María.

MARIA. ¿Pues por qué
huyó la dulce alegría
que en tus ojos relucía
cuando aquí, Guillem, llegué?
Dímelo todo.

SOROLLA. ¡María!

MARIA. ¡Nada me ocultes por Dios!

SOROLLA. Temo....

MARIA. ¿Qué temes?

SOROLLA. ¡Perderte,
pues siento que se vá en pos
de nuestra contraria suerte
la ventura de los dos!

MARIA. ¡No te comprendo!...

SOROLLA. Si aquí
de placer el alma henchida
me has hallado, fué ¡ay de mí!
porque con vida te ví

cuando te creí sin vida;
que muerto el dolor me hubiera
si por mi causa, María,
cortara una mano impía
en su verde primavera
tu existencia, que es la mia.
Por eso, prenda adorada,
pudiste ver en mis ojos
la alegría retratada,
cuando tierna, enamorada,
libre de dolor y enojos
te presentaste ante mí;
y ¿cómo no ser así
si es tan inmenso el cariño
que en mi pecho desde niño
germinando está por tí?
Mas ¡ay! á pesar de amarte
como ninguno te amara;
cuando al ara iba á llevarte,
quiere la fortuna avara
otra vez de mí apartarte.

MARIA. ¡Gran Dios! ¿qué es lo que escuché?
¿Es eso verdad?

SOROLLA. Sí á fé.

MARIA. ¿Y otra vez he de perderte?

SOROLLA. Así lo quiere la suerte.

MARIA. ¿Por qué lo quiere, por qué?

SOROLLA. Porque hay un secreto impío
que con inicuo rigor
apresa nuestro albedrío,
y hace imposible el amor
de tu corazon y el mio.

MARIA. ¡Imposible!

SOROLLA. Sí, María.

MARIA. Imposible para tí,
mas no para el alma mia,
que por nada trocaria
el amor que existe aquí.
¿Y dices que me has querido?
¡Mentira!

SOROLLA. ¡Suerte fatal!

MARIA. Tu amor un engaño ha sido,
del que tarde, por mi mal,

la maldad he conocido.
SOROLLA. María, por compasion
calma pronto esa ansiedad:
vuelve en tí. ¡Dios de bondad,
tú que ves mi corazon
ten de mi dolor piedad!
Oye, y sabe de una vez
la causa que nos separa,
y comprenda tu altivez
cuan sin razon ultrajara
á mi amor y á mi honradez.
Hijo del pueblo nací;
y para desgracia mia
nunca padre conocí,
y á mi madre la perdí
siendo niño todavia.
Andrés mi orfandad cuidó,
y con paternal cariño
en su casa me crió,
y mi corazon de niño
como á padre le adoró.
Allí mis ojos te vieron
y allí mis ojos te amaron,
los años pasando fueron,
pero nunca se llevaron
el amor que en mí encendieron:
hombre ya, mi afan constante
era hacerte venturosa,
y ambicionaba anhelante
que llegara el dulce instante
de poder llamarte esposa.
Mas ¡ay! cuando en lontananza
mi ventura vi brillar;
cuando se iba á realizar
mi mas risueña esperanza,
forzoso me es renunciar
á tu amor....
MARIA. ¿Pero por qué?
¿Dí?... porque yo no comprendo
ese secreto tremendo.
Habla pronto por mi fé;
¿no ves que me estoy muriendo?
SOROLLA. Aunque exhale el alma en pos,

forzoso me es el decirte
que á mí no puedes unirte,
pues nos separa á los dos
la clase en que tú naciste.

MARIA. ¿Qué dices? Deja te exija
mas cumplida esplicacion.
¡La clase! ¿Por qué razon?

SOROLLA. Porque de un noble eres hija.

MARIA. ¡De un noble!... Por compasion
calma pronto mi impaciencia.
¿Quién es mi padre?

SOROLLA. Tu padre
es el Virey de Valencia.

MARIA. ¡Qué escucho, Dios de clemencia!
¿Y Andrés?

SOROLLA. Lo fué de tu madre.

MARIA. ¡De mi madre! ¡Triste suerte!
¡Madre mia sin ventura!

SOROLLA. ¿Comprendes ya mi amargura?

MARIA. ¡Comprendo que he de perderte,
que es mi mayor desventura!

SOROLLA. ¡María!... ¡Mi bien!...

MARIA. ¡Adios!
¡Todo acabó entre los dos! (*Marchándose hácia la puerta por donde salió.*)

SOROLLA. ¡Sin ti muriendo me quedo!

MARIA. (¡Ya que suya ser no puedo,
esposa seré de Dios!) (*Desde la puerta como tomando una resolucion.*) *Vase.*

ESCENA VII.

SOROLLA.

Este se queda un momento abstraido, como dominado por el sentimiento; luego dice, procurando serenarse.

Ea, corazon, valor;
sigue adelante en la lucha.
¡Gran Dios, mi entereza es mucha,
pero es mas grande mi amor!
¡María! ¡sér de mi ser!

aunque viva de tí lejos,
de tus ojos los reflejos
me alumbrarán por doquier. (*Pausa.*)
¡Valencia! ¡Valencia mia!
¿Qué mas exijes de mí?
Mi amor hoy pierdo por tí,
mi único bien, mi alegría.
Mas no importa. Mi deber
me impone tal sacrificio.
Dios en su eterno juicio
juzgará mi proceder.

ESCENA VIII.

SOROLLA.—EL VIREY.

Este entra embozado por el foro mirando con recelo hácia atrás: al reparar en Sorolla, se dirije á él.

VIREY. Me siguen segun parece.
¿Sorolla?
SOROLLA. ¿Quién vá?
VIREY. Yo soy. (*Desembozándose.*)
SOROLLA. ¡Qué es lo que mirando estoy!
¿Vos aquí? ¿No os estremece
la muerte que os amenaza
si el pueblo os acierta á ver?
VIREY. Mas intenso padecer
el pecho me despedaza.
¡El pueblo! miedo impotente
no habrá de causarme á mí.
Que venga, le espero aquí
alta y serena la frente.
SOROLLA. ¡Señor Virey, reparad!...
VIREY. ¿Qué?
SOROLLA. Que os encontrais en mi casa:
poned á ese orgullo tasa,
ó de ella os arrojaré;
pues mal sienta ese furor....
VIREY. Ofenderos no he querido.
SOROLLA. Cuando sois aquí el vencido
y yo soy el vencedor;

y á no ser por la nobleza
que hay en mí, debeis pensar
que pronto hiciera rodar
el pueblo vuestra cabeza.
Conque cuanto antes marchad,
no desprecieis mis consejos.
¡Yo ya os creía muy lejos,
muy lejos de esta ciudad!

VIREY. ¡Marcharme yo sin saber
qué ha sido de la hija mia!
Muerta ó viva, á mi María
necesito, Guillem, ver,

SOROLLA. Marchad, y mas no os lo advierta,
pues tal vez halle ese afan
la muerte como Don Juan.

VIREY. ¿Conque fué su muerte cierta?

SOROLLA. Así al destino le plugo.
Bien muerto está, y no os asombre,
el que se olvida que es hombre
y se convierte en verdugo.

VIREY. ¿Mas María?

SOROLLA. Se salvó;
de la muerte la libraron
los que al vil Don Juan mataron.

VIREY. ¿Y en dónde la veré yo?

SOROLLA. ¿Para qué? Harto este dia
sufre su angustiado pecho.

VIREY. Soy su padre, y mi derecho....

SOROLLA. ¡Su padre! ¡quién lo diria!

VIREY. Lo soy, aunque á vos no os cuadre.

SOROLLA. ¡Maldito sea de Dios
el padre que, como vos, (*Con fuerza.*)
no sabe lo que es ser padre!

VIREY. El dolor que hoy sufro aquí (*Al pecho.*)
digno es, Guillem, de piedad.

SOROLLA. ¡Pobre de la humanidad
con muchos padres así! (*Grito de amargura.*)

VIREY. Caro pago mi estravío....
aunque os juro, por mi fé,
que hasta esta noche ignoré
de mi hija el destino impío.
Con pasion que no se acaba
amé á su madre. La guerra

me hizo marchar de esta tierra
cuando menos lo anhelaba.
Causas agenas á mí
mi viaje retardaron:
cuando volví, ya no hallaron
mis ojos su bien aquí.
Supe que ya no existia
la que mi encanto formó,
mas nadie razon me dió
de la infeliz hija mia.
Ya veis si hay en mí razon
para venir á buscarla:
¡harto sufrió por no hallarla
mi afligido corazon! (*Rumores.*)

SOROLLA. ¡Callad!...

ESCENA IX.

DICHOS.—AGERMANADOS.

Estos entran en tumulto por el fondo: Sorolla sale á su encuentro.

SOROLLA. ¿Qué ocurre? ¿Qué pasa?
UNO. ¡Aquí está! (*Dirigiéndose al Virey.*)
¡Muera el tirano!
TODOS. ¡Muera, muera! (*Van á precipitarse sobre el Virey: Sorolla los contiene.*)
SOROLLA. ¡Atrás!
UNO. ¡Sorolla!
¿Tambien tú le das amparo?
SOROLLA. Se encuentra bajo mi techo
y es en mí un deber sagrado
¡Traidores! no es este el sitio
donde debierais buscarlo.
UNO. El traidor eres tú solo,
que al pueblo has abandonado
y á los nobles te has vendido.
SOROLLA. Ten esa lengua, insensato,
si no quieres que te torne
polvo vil entre mis manos.
VIREY. Dejad que vengan á mí,
tranquilo aquí les aguardo.

SOROLLA. ¡Señor Virey!...
TODOS. ¡Muera, muera!

Al ir á arrojarse todos sobre el Virey, aparece María en la puerta izquierda, y al reconocer á su padre, corre á colocarse delante de él, conteniendo al pueblo: Sorolla hace lo mismo.

ESCENA X.

DICHOS. — MARIA.

MARIA. ¡Esos gritos! ¡Cielos santos!
¿Qué es lo que miran mis ojos?
¡Es mi padre! ¡Atrás, villanos! (*Con fuerza.*)
VIREY. ¡Hija del alma querida!
TODOS. ¡Su hija!!! (*Retirándose.*)
MARIA. ¡Padre adorado! (*Arrojándose en sus brazos anegada en llanto. Pausa.*)
SOROLLA. ¿Estais satisfechos ya? (*Al pueblo.*)
¿Sabeis por qué le dí amparo?
porque no lo di al Virey,
sino al padre desgraciado.
Si en vosotros no hay piedad,
ahí le teneis, matadlo.
UNO. No, no; que viva y se ausente.
SOROLLA. Señor Virey, alejáos. (*Acercándose á él.*)
VIREY. ¿Conque me perdonas, hija?
MARIA. ¡Harto os lo dice este llanto!
VIREY. Forzoso me es el dejarte;
mas si luego por tí mando,
¿vendrás á unirte conmigo?
MARIA. ¡Imposible! Un deber santo
aquí me llama, y me quedo.
Allí dentro un pobre anciano
próximo á morir se encuentra;
yo fuí en el mundo su encanto,
y mientras Dios le dé vida
es mi deber ampararlo.
VIREY. ¡Bien, hija! pero despues....
MARIA. Despues.... bajo el dulce amparo
de la santa religion,
en la soledad del claustro

terminar quiero mi vida.
VIREY. ¿Pero, hija?...
MARIA. Padre amado,
no os opongais á mi dicha.
VIREY. ¿Mas qué te obliga á ese paso?
MARIA. ¿Y vos me lo preguntais?
¡no sabeis cuanto le amo! (*Indicándole á Sorolla*)
VIREY. Entra en el convento, entra;
yo tu voluntad acato;
y ¡ojalá Dios me perdone
todo el mal que te he causado!
Solo te exijo, hija mia,
que allá en tu retiro santo
te acuerdes alguna vez
de tu padre desgraciado.
MARIA. Siempre fijo en mi memoria
estareis.
VIREY. ¡Mi dulce encanto!
¡Adios, adios para siempre!
MARIA. ¡Padre del alma adorado! (*Abrazándose.*)
VIREY. ¡A tu bondad la encomiendo,
Madre de Desamparados!
¡Sorolla, adios!
SOROLLA. El os guarde.

El Virey procura deshacerse de los brazos de María, y se dirije al foro; allí vacila un momento, se vuelve á mirarla. y al salir esclama:

VIREY. ¡Valedme, Dios soberano! (*Vase.*)

ESCENA XI.

DICHOS, MENOS EL VIREY.

SOROLLA. ¡María, mi bien amado!
¿Con que es cierto que te vas
y no te veré ya mas?
MARIA. ¡La suerte así lo ha ordenado!
SOROLLA. ¡De un ensueño aterrador
me parece que dispierto!
MARIA. No es sueño, no.

Gaspar aparece en la puerta izquierda, y dice

con toda la gravedad posible, descubriéndose la cabeza.

GASPAR. ¡Andrés ha muerto!
MARIA. ¡Gran Dios! (*Marchándose precipitadamente por la puerta que salió Gaspar.*)
SOROLLA. ¡Destino traidor! (*Con desesperacion.*)

ESCENA ÚLTIMA.

DICHOS, MENOS MARIA.

SOROLLA. Amigos, miradme aquí
de dolor el alma herida.
¿Qué me resta ya en la vida
si amor y amistad perdí?
GASPAR. ¿Qué te resta? ¿Tu demencia
es tanta, que has olvidado
que á tí el pueblo ha confiado
la salvacion de Valencia?
TODOS. Sí, sí.
SOROLLA. Basta de ansiedad. (*Al pueblo.*)
Y tú, pobre corazon,
sofoca ya tu pasion. (*Apretándose el pecho con la mano como si quisiera arrancarse el corazon.*)
GASPAR. ¡Viva Sorolla!

El pueblo vá á contestar al viva, mas Sorolla le impone silencio con un ademan.

SOROLLA. ¡Callad!
¡Andrés ha muerto! está allí;
junto á la muerte, callemos;
¡al Señor por él roguemos,
último tributo aquí!
TODOS. Sea.

Todos se descubren y se arrodillan formando cuadro: Sorolla en medio permanece en pie hasta que concluye de decir los últimos versos.

SOROLLA. Despues, yo os lo fio.
lucharemos sin clemencia

hasta que adquiera Valencia
su perdido poderío;
y una edad tras otra edad
respetará nuestros hechos,
si hoy al salvar sus derechos,
salvamos su libertad.

Se arrodilla y cae el telon.

FIN DEL DRAMA.

Habiendo examinado este drama, no hallo inconveniente en que su representacion sea autorizada. Madrid 30 de Setiembre de 1861.

El Censor de teatros,

ANTONIO FERRER DEL RIO.

